

Luis E. Bacigalupo. *Aristóteles en París. Cómo la filosofía aristotélica en la Edad Media puso las bases de la Modernidad*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP, 2022. 489 p. ISBN: 9783126177430. Hardcover: 100,00 PEN.

Reseñado por FERNANDO G. MARTIN DE BLASSI
PUCP-FTPCL
fmartin@pucp.edu.pe

1. Introducción: la gratitud del pensamiento

La publicación de un libro de filosofía es siempre un acto de gratitud. No porque la filosofía ofrezca respuestas definitivas, sino porque recuerda la dignidad de seguir preguntando. En el caso de *Aristóteles en París* de Luis Eduardo Bacigalupo, la gratitud se duplica: hacia el pensamiento que se examina y hacia la forma en que se invita a considerarlo.

Existen libros que educan, otros que conmueven y algunos que restituyen. El trabajo que aquí se reseña pertenece al tercer género mencionado, porque devuelve a la filosofía su espesor histórico y distintivo, y a la teología su dimensión racional. Desde su título, el libro hace explícito un desplazamiento: Aristóteles, el filósofo griego, aparece en el corazón intelectual del siglo XIII, en el París de las universidades, donde su voz resuena a través de comentaristas cristianos, árabes y judíos. Bacigalupo no escribe solo la historia de una recepción, sino la historia de un diálogo: cómo el pensamiento cristiano medieval comprende, asume y, en ocasiones, traiciona la herencia aristotélica. El resultado es una obra que, más que un tratado erudito, constituye una meditación en torno al modo en que las ideas viajan, se reinterpretan y se vuelven vivas al ser transmitidas.

El autor rechaza la visión reduccionista de la Edad Media como un paréntesis entre la Antigüedad y la Modernidad. Antes bien, propone lo contrario: caracterizar el Medioevo como el tiempo en que comienza a gestarse la razón moderna. En la lenta secularización del pensamiento cristiano se incubaba una nueva racionalidad que aprende a caminar sola sin negar sus raíces teológicas. Desde la introducción, titulada: *El pensamiento cristiano medieval*, Bacigalupo enuncia su programa a partir de una cita de J. Huizinga: “La alegoría es la traducción de un grito de pasión en una correcta proposición gramatical” (p. 33). Con ello, sugiere que la filosofía medieval es la versión racional de un sentimiento religioso: el esfuerzo por volver inteligible la fe sin perder su intensidad espiritual. Inspirado en Alain de Libera, el autor se pregunta no solo por qué estudiar la Edad Media, sino qué significa pensar desde ella. En relación con esto, el autor sostiene que las distintas posiciones medievales no deberían aprenderse como hitos aislados, sino como artífices de una comunidad intelectual en la que cada discurso se nutre de los demás y, al mismo tiempo, se refleja en ellos. Su tarea es coral, no

monódica: una conversación de siglos donde las ideas se entrelazan e influyen mutuamente.

Esa conversación tiene un núcleo: el “acontecimiento Cristo” (p. 36). No tanto un hecho histórico cuanto más bien una irrupción simbólica, que redefine el sentido del ser. Bacigalupo muestra que el pensamiento cristiano medieval se construye sobre la base de la experiencia de la encarnación, entendida como unión de los contrarios. Los símbolos no son simples signos; son la realidad misma en su dimensión invisible. La teología, por consiguiente, no estriba en una alegoría, sino en una ontología simbólica. Esta distinción entre símbolo y alegoría es central en la obra. El símbolo mantiene viva la pasión por la proposición racional; permite habitar el mito con lucidez. En consecuencia, la modernidad del pensamiento medieval reside en su intento por pensar el misterio sin disolverlo.

2. El mito y la revelación: la matriz simbólica del cristianismo

La primera parte del libro se plantea una pregunta ineludible: ¿por qué seguir pensando la Edad Media hoy? Bacigalupo aduce que se lo hace porque aún se piensa desde ella. La racionalidad moderna conserva, en su estructura profunda, la matriz cristiana que la ha configurado. En relación con ello, introduce la noción de “mito cristiano” (p. 48), no bajo un aspecto peyorativo, sino como la apertura originaria del alma a lo asombroso del misterio. Recuperar el mito significa devolverle al cristianismo su dimensión icónica y poética, aquella que la teología racional ha ido disciplinando, pero también debilitando.

San Agustín ocupa un lugar significativo con respecto a tales circunstancias. Bacigalupo muestra cómo, al intentar traducir la revelación en categorías filosóficas, el Obispo de Hipona inicia el proceso de racionalización del misterio. Lo que comienza como defensa apologética del cristianismo frente al mundo pagano se convierte en el punto de partida de la secularización. Al abordar la fe con los instrumentos de la razón, el pensamiento cristiano empieza también a transitar por una fase de desmitificación. Bacigalupo llama a este momento el “efecto Celso” (p. 149), en referencia al crítico pagano que obliga a los cristianos a justificar racionalmente su fe. Esa justificación, necesaria en su contexto, tiene consecuencias duraderas: la fe se vuelve discurso, el mito se convierte en doctrina y el misterio, en objeto de análisis.

El apartado primero de *Aristóteles en París* invita, por tanto, a reconsiderar el vínculo entre fe y razón no como oposición, sino como un camino de asimilación. La teología medieval no destruye el mito, sino que lo vierte en conceptos. Y esa reformulación, aunque inevitablemente lo empobrece, también lo preserva: mantiene viva la búsqueda de significado dentro del marco racional. Bacigalupo destaca en este punto el papel del símbolo como mediación entre lo visible y lo invisible. Frente a la alegoría, que sustituye una imagen por un concepto, el símbolo permite que la imagen conserve su poder revelador. El pensamiento medieval —dice— intenta precisamente esto: dilucidar el

misterio sin suprimirlo, racionalizar la fe sin anular su contenido poético. La exposición del autor permite comprender la complejidad del acervo medieval sin caer en tecnicismos. En esta primera sección, el lector percibe la hipótesis general del libro: la Modernidad no nace contra la teología, sino a partir de ella, como maduración y evolución de la crisis acontecida al interior mismo de la experiencia de fe.

3. De Anselmo a Aristóteles: la emancipación de la razón

La segunda parte del libro, cuyo título reza: *La filosofía cristiana en la temprana Escolástica*, constituye el corazón de la obra: el tránsito de la razón teológica a la razón filosófica. Bacigalupo sigue este proceso desde Anselmo hasta la recepción de Aristóteles en la Universidad de París. La posición del Obispo de Canterbury representa el momento en que la fe inicia el movimiento de pensarse a sí misma con independencia del acto de adoración. En el *Proslogion*, la oración vira en orden al argumento. Tal como afirma Raúl Zegarra en el Prefacio, Bacigalupo observa que, al separar el razonamiento del acto de plegaria, el Doctor magnífico realiza una “*epoché* de la fe” (p. 21): la suspende para examinarla. Así, el pensamiento teológico se irá modificando para desarrollarse como ejercicio filosófico.

Pedro Abelardo encarna la siguiente etapa: la ética de la intención. En su doctrina, el juicio moral se traslada del ámbito divino al de la conciencia humana. La responsabilidad ya no se mide solo por la acción, sino por la intención. Este cambio implica una autonomía creciente de la razón práctica respecto de la teología. Según Bacigalupo, con Abelardo el mundo comienza a vaciarse de Dios en lo que respecta a la imputación moral (pp. 282 ss., 290-293). La confrontación con Bernardo de Claraval manifiesta el conflicto decisivo entre la razón que busca comprender y la fe que se orienta en aras de preservar el misterio. Aunque este último parece imponerse, su victoria es temporal. El impulso racional continuará su curso hasta desembocar en la Escolástica y, finalmente, en la ciencia moderna.

La tercera parte del libro, que afronta el tema del conjunto porque se intitula: *La filosofía cristiana en la Escolástica aristotélica*, es la más exigente y reveladora. Bacigalupo reconstruye el ingreso del pensamiento aristotélico en la Universidad de París y muestra cómo ese encuentro entre el Estagirita y la cristiandad produce una mutación decisiva: la transformación de la teología en ciencia. El Aristóteles que llega a París no es solo un conjunto de textos, sino también un modo sistemático de sopesar el todo de lo real: la exigencia del método, la confianza en el silogismo y en la evidencia demostrativa, la voluntad por la claridad, el optimismo gnoseológico. Lo que en Agustín es símbolo, en Tomás de Aquino se vuelve sistema; lo que en el mito se expresa mediante el relato, en la Escolástica se declara dentro de los marcos de una estructura conceptual.

En este proceso de renovación, Juan Duns Escoto ocupa un lugar intermedio y crucial, porque introduce un giro decisivo al afirmar la primacía del ser sobre la esencia, y de la libertad sobre la necesidad. Bacigalupo subraya cómo la noción de *distinción*

formal abre un espacio inédito para la autonomía de la razón y de la voluntad, anticipando la subjetividad moderna. Entre Tomás de Aquino y Guillermo de Ockham, el Doctor sutil representa el punto de equilibrio: mantiene la estructura teológica heredada, pero la reinterpreta desde una lógica de la libertad que ya no depende enteramente del orden divino. Su postura, señala Bacigalupo, marca el umbral entre la teología como ciencia de Dios y la filosofía como ciencia del hombre (p. 425 ss.).

Bacigalupo sigue con maestría este recorrido: de Aquino a Escoto, de Escoto a Ockham, hasta el punto en que la razón, ya completamente emancipada, puede prescindir de sus presupuestos teológicos. La aurora de la ciencia —asevera el autor— es también la aurora del desencanto (p. 104). La Modernidad, en consecuencia, no emerge en contraposición a la teología, sino desde las propias condiciones de posibilidad que esta instauró en el devenir histórico. Se constituye, así, como el fruto granado de un proceso cuya maduración ha consistido en no rehuir el derrotero de una disolución progresiva y sostenida de la experiencia mítica, que el cristianismo había instituido como horizonte de sentido (p. 58 ss.). De acuerdo con el Aquinate, la afirmación de que la razón humana no ha sido destruida por el pecado original implica la confianza en una racionalidad natural, fundamento de la ética, del derecho y de la política seculares. En Duns Escoto, esa racionalidad se complejiza al introducir la noción de libertad absoluta de Dios y del sujeto; y en Ockham, finalmente, se radicaliza: el derecho se concibe como convención racional, sin necesidad de apoyarse en la teología. Allí, en el París del siglo XIII, se está gestando sin saberlo la conciencia moderna.

De modo que *Aristóteles en París* no radica en un estudio pura y exclusivamente de índole histórica. Se trata, en cambio, de una meditación acerca de la propia condición del saber humano y del modo más eficaz en que se ha podido materializar a lo largo del tiempo. Si algo revela la lectura de Bacigalupo es que la ruptura entre razón y símbolo responde ya no a un evento aislado y remoto, sino a un itinerario gradual. La Modernidad nace cuando el símbolo se convierte en signo, cuando el misterio es absorbido por una estructura, cuando la pasión cristaliza en gramática. Tal como se infiere desde los argumentos que el autor plantea, es dable afirmar que la recuperación de la herencia medieval no significa tanto mirar hacia atrás cuanto ensayar una reconciliación: la opción por pensar lo sagrado sin abandonar la lucidez crítica.

4. Estilo, alcance y legado de la obra

Esta última sección pretende hacer justicia al estilo, el alcance y el legado del trabajo y de sus correspondientes tesis. *Aristóteles en París* combina la pericia heurística con una reflexión filosófica de fondo. Bacigalupo no acumula datos ni interpreta a los autores de manera aislada; los organiza dentro de un drama intelectual que recorre más de un milenio de planteos, problemas, conjeturas y aportaciones. Su narrativa, sobria y exacta, evita la retórica sin renunciar a la claridad expresiva. El texto fluye con un tono

didáctico, resultado de una larga experiencia docente. El lector percibe en cada página la voz del profesor que busca hacer comprensible lo complejo sin simplificarlo.

El estilo de Bacigalupo se distingue por una escritura simple a la vez que precisa. No procura deslumbrar, sino conducir. Cada argumento está sostenido por un fundamento teórico, cada afirmación se apoya en una referencia atenta de los textos. El resultado es un trabajo que, a lo largo de su desarrollo, puede leerse tanto como un estudio exegético en sentido estricto cuanto como una indagación filosófica, en la que las interpretaciones se articulan siguiendo la secuencia cronológica de los textos y de sus problemas. Al concluir la lectura, se puede advertir que el título *Aristóteles en París* es capaz de vincularse con un tópico mucho más amplio: no designa solo un dato historiográfico, sino una metáfora del pensamiento occidental. París representa el lugar donde la razón antigua se encuentra con la fe cristiana, donde el *logos* se abre al misterio y la teología se vuelve filosofía.

El mérito del libro reside en su doble fidelidad: a la historia y a la palabra. Bacigalupo no idealiza la Edad Media, pero tampoco la reduce a una etapa superada. La califica como una matriz aún activa durante el período de la racionalidad moderna. Su método es hermenéutico: se trata de dejar que los textos medievales promuevan interrogantes en lugar de imponerles categorías actuales. El autor dialoga con pensadores contemporáneos como Alain de Libera, Hans Blumenberg y Martin Heidegger, sin perder de vista su propio horizonte. Su objetivo no es modernizar la Edad Media, sino escuchar su resonancia en los días que corren. Desde esta perspectiva, el Medioevo no aparece como un museo de doctrinas, sino como una fuente de múltiples virtualidades especulativas. El propósito del libro apunta precisamente a esta convicción: que el estudio del pensamiento medieval conserva su vigencia porque en él se continúa buscando la huella de lo sagrado, que atraviesa la experiencia colectiva del espíritu humano (pp. 34-35).

Para Bacigalupo, pensar significa realizar una tarea de cuño artístico, puesto que aspira a encarnar lo invisible, hacer inteligible el misterio. El filósofo, el teólogo y el poeta comparten esa tarea. *Aristóteles en París* es, a fin de cuentas, un libro sobre el origen espiritual de la razón occidental. Muestra cómo la racionalidad moderna nace del deseo por comprender la fe y cómo, al hacerlo, transforma la relación entre pensamiento y mundo. Recordar ese origen no implica nostalgia, sino reconocimiento: la luz de la razón proviene del fuego sagrado que la precedió. Sobre la base de la autoridad del Pseudo Dionisio Areopagita, reproduce un pasaje textual que pertenece al tratado acerca de la *Jerarquía eclesiástica* y a través de cuyas líneas se puede leer la siguiente amonestación: “la iniciación simbólica al santo nacimiento de Dios en el alma no tiene nada de inconveniente o profano en sus imágenes sensibles. Antes bien, refleja en los espejos del entendimiento humano los enigmas (1 Cor 13: 12) de un proceso contemplativo digno de Dios (JE II 3, 1)” (p. 38). Bacigalupo parece seguir esa intuición: su escritura no describe el símbolo, lo deja transparentar; no impone significados, permite que el pensamiento conduzca a lo invisible.

Bacigalupo logra, así, devolver actualidad a una época que muchos estiman lejana. Recuerda que la filosofía medieval sigue hablando porque la influencia de las preguntas que la animaron —en torno al vínculo fructífero entre razón y fe— suscita nuevamente el diálogo. En tiempos en que la filosofía tiende a fragmentarse o a encerrarse en el trabajo especializado, este libro propone una vuelta a lo esencial: pensar como acto de fe en la inteligibilidad del mundo. Su lectura reconcilia con la lentitud del pensamiento y con la atención a los símbolos que aún habitan la cultura de hogaño. Por todo ello, *Aristóteles en París* es más que un estudio académico: es una invitación a pensar de nuevo la relación entre razón y fe, entre palabra y misterio. Tal llamado enseña que la historia del pensamiento no avanza por rupturas, sino por modificaciones sucesivas y que, en virtud de esas mismas metamorfosis, se juega el destino de la propia racionalidad humana.

Para finalizar, solo cabe reconocer y agradecer al Prof. Luis Eduardo Bacigalupo la entrega de un libro cuya enjundia corre parejas con la claridad y profundidad analíticas. Su lectura evoca que la filosofía es, ante todo, una forma de esperanza: la certeza de que, aun en tiempos de desencanto, el pensamiento no tiene que vérselas sino con el presente, esto es, con la tarea de volver a preguntar y de renovar, en ese gesto, el sentido de la existencia.